

guo. En lo cual, como en todas las cosas, guardó Dios el camino seguido y llano de su providencia.

Porque así como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se acerca primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y crece en esta semejanza hasta llegarla a su punto, y luego el fuego se lanza en él, y le da su forma; así para que Cristo ponga é infunda en nosotros de los tesoros de bienes y vida, que atesoró muriendo y resucitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos cristos, esto es, como sus hijos; ordenó que se hiciese en nosotros una representación de su muerte y de su nueva vida, y que de esta manera hechos semejantes á Él, Él como en sus semejantes influyese de sí lo que responde á su muerte, y lo que responde á su vida. A su muerte responde el borrar y el morir de la culpa, y á su resurrección la vida de gracia. Porque el entrar en el agua, y el sumirnos en ella, es como ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo, y fué en la sepultura puesto como lo dice San Pablo (Ad Rom. cap. vi, v. 4.) *En el bautismo sois muertos y sepultados juntamente con Él.* Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir después del agua, es como salir del sepulcro viviendo. Pues á esta representación responde la verdad juntamente, y asemejándonos á Cristo en esta manera, como en materia y sujeto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nace Cristo en nosotros; y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular, cuando saliendo del agua, parece que resucitan. Y así en aquel hecho juntamente hay representación y verdad. Lo que parece por defuera, es representación de muerte y de vida: mas lo que pasa en secreto, es verdadera vida de gracia, y verdadera muerte de culpa.

Y si os place saber, pudiendo esta representación de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del agua; conténtame mucho lo que dice el glorioso mártir Cipriano, y es, que la culpa que muere en

esta imagen de muerte, es culpa que tiene ingenio y condición de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe, y cosa sabida es, que la ponzoña de las sierpes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, dejan su ponzoña primero (1). Así que morimos en agua, para para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es cuanto á la muerte que allí se celebra. Pero cuanto á la vida es de advertir, que aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí no es del todo perfecta. Quiero decir, que no vive luego en nosotros el hombre nuevo cabal y perfecto, sino vive como la razón del segundo nacimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el ser de la nueva vida que resucitó con Él, sino pone, como dijimos, un grano de ella, y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia, pequeña pero efficacísima, para que viva, y se adelante y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y extendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Mas cómo es maravillosa la sabiduría de Dios! y cómo es grande la orden que pone en las cosas que hace, trabándolas todas entre sí, y templándolas por extraña manera! En la filosofía se suele decir, que como nace una cosa, por la misma manera crece y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre, y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque así como tuvo principio en nuestra alma, cuando por la representación del bautismo nos hicimos semejantes á Cristo; así crece siempre, y se adelanta cuando nos asemejamos más á él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio de esta vida de gracia, le fuimos semejantes por representación; porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida: mas para el acrecentamiento de ella conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos.

Y va así en esto, como en todo lo demás que arriba dijo-

(1) Lo mismo es esto, que lo del ave Fenix: véase la nota, pag. 119.

mos, este nuevo hombre y espíritu respondidamente contraponiéndose á aquel espíritu viejo y perverso. Porque así como aquel se diferenciaba de la naturaleza de nuestra sustancia, en que siendo ella hechura de Dios, el no tenía nada de Dios; sino era todo hechura del demonio, y del hombre; así este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y así como allí hizo el primer padre, obedeciendo al demonio, aquello con lo que él, y los que estábamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padeció Cristo nuestro PADRE segundo, obedeciendo á Dios, con lo que en Él, y por Él, los que estamos en Él, nos habemos cobrado. Y así como aquel dió fin al vivir que tenía, y principio al morir que mereció por su mala obra; así este por su divina paciencia dió muerte á la muerte, y tornó á la vida la vida. Y así como lo que aquel traspasó, no lo quisimos de hecho nosotros; pero por estar en él como en PADRE fuimos visto quererlo: así lo que padeció é hizo Cristo para bien de nosotros, si se hizo y padeció sin nuestro querer; pero no sin lo que en virtud era nuestro querer por razón de la unión y virtud que está dicha. Y como aquella ponzoña, como arriba dijimos, nos tocó é inficionó por dos diferentes maneras, una en general y en virtud, cuando estábamos en Adán todos generalmente encurados, y otra en particular y en expresa verdad, cuando comenzamos á vivir en nosotros mismos siendo engendrados: así esta virtud y gracia de Cristo, como habemos declarado arriba también, nos cualificó primero en general y en común, según fuimos vistos estar en Él, por ser nuestro PADRE; y después de hecho, y en cada uno por sí, cuando comienza cada uno á vivir en Cristo, naciendo por el bautismo.

Y por la misma manera así como al principio cuando nacemos, incurrimos en aquel daño y gran mal, no por nuestro merecimiento propio, sino por lo que la cabeza que nos contenía hizo en si mismo; y si salimos del vientre de nuestras madres culpados, no nos forjamos la culpa nosotros ántes que saliésemos de él: así cuando primeramente nacemos en Cristo, aquel espíritu suyo, que en nosotros comienza á vivir, no es obra ni premio de nuestros merecimientos. Y conforme á esto, y por la misma forma y manera, como aquella ponzoña, aunque nace al principio en nosotros sin nuestro propio

querer, pero después queriendo nosotros usar de ella, y obrar conforme á ella. y seguir sus malos siniestros é inclinaciones, la acrecentamos y hacemos peor por nuestras mismas malas mañas y obras; y aunque entró en la casa de nuestra alma, sin que por su propia voluntad ninguno de nosotros le abriese la puerta, después de entrada por nuestra mano, y guiándola nosotros mismos, se lanza por toda ella, y la tiraniza y la convierte en sí misma en una cierta manera: así esta vida nuestra, y aqueste espíritu que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merecimiento, si después de recibido, oyendo su inspiración, y no resistiendo á su movimiento, seguimos su fuerza; con eso mismo que obramos siguiéndole, lo acrecentamos y hacemos mayor, y con lo que nace de nosotros y de Él, merecemos que crezca Él en nosotros. Y como las obras que nacían del espíritu malo, eran malas ellas en sí, y acrecentaban, y engrosaban y fortalecían ese mismo espíritu de donde nacían: así lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merecedor de que por ello suba á mayor grado de bien y de pujanza el espíritu de do tuvo origen.

Aquel veneno asentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco á poco, así le contamina y le corrompe, que le trae á muerte perpétua. Esta salud si dura en nosotros haciéndose de cada día más poderosa y mayor, nos hace sanos del todo. De arte que siguiendo nosotros el movimiento del espíritu con que nacemos, el cual lanzado en nuestras almas las despierta é incita á obrar conforme á quien él es, y al origen de donde nace, que es Cristo; así que obrando aquello á que este espíritu y gracia nos mueve, somos en realidad de verdad semejantes á Cristo, y cuanto más así obráremos, más semejantes. Y así haciéndonos nosotros vecinos á Él, Él se avecina á nosotros, y merecemos que se infunda más en nosotros; y viva más, añadiendo al primer espíritu más espíritu, y á un grado otro mayor, acrecentando siem en nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haciéndola mayor y más esforzada, y descubriendo su virtud más en nosotros: que obrando conforme al movimiento de Dios, y caminando con largos y bien guiados pasos por este camino,

merecemos ser más hijos de Dios, y de hecho lo somos. Y los que cuando nacimos en el bautismo, fuimos hechos semejantes á Cristo en el ser de gracia, antes que en el obrar; esos, que por ser ya justos obramos como justos, esos mismos, haciéndonos semejantes á Él en lo que toca al obrar, crecemos merecidamente en la semejanza del ser. Y el mismo espíritu, que despierta y atiza á las obras, con el mérito de ellas crece y se esfuerza, y va subiendo y haciéndose señor de nosotros, y dándonos más salud y más vida, y no pára hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa, habiendonos levantado del polvo.—Y como hubo dicho esto Marcelo, callóse un poco, y luego tornó á decir.

Dicho he cómo nacemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer de Él, y el provecho y misterio de este nacimiento; y de un abismo de secretos, que acerca de esta generación y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, habiendo tenido respeto al tiempo, y á la ocasión, y á la cualidad de las cosas delicadas y oscuras. Agora como saliendo de entre estas zarzas y espinas á campo más libre, digo, que ya se conoce bien cuán justamente Isaías da nombre de PADRE á Cristo, y le dice, que es PADRE del siglo futuro: entendiendo por este siglo la generación nueva del hombre, y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos, en que ha de perseverar aquesta generación. Porque el siglo presente, el cual en comparación del que llama Isaías venidero, se llama primero siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adám, comenzó con Adám, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno más de lo que El durare en esta vida presente. Mas el siglo según desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin reforzándose él mas, perseverará para siempre.

Y llámase *siglo futuro*, dado que ya es en muchos presente, y cuando le nombró el Profeta lo era también, porque comenzó primero el otro siglo mortal. Y llámase *siglo* también, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible. Porque de la manera que cuando produjo Dios al hombre, primero hizo cielos y tierra, y los

demás elementos; así en la creación del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como El, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra, y vistió á la tierra con frutos, y á los cielos con estrellas y luz. Y lo que hizo en aquesto visible, eso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ámbos por unas mismas pisadas, como lo dibujó cantando divinamente David en un Salmo, y es dulcísimo y elegantísimo Salmo (1). Adonde por unas mismas palabras, y como con una voz, cuenta alabando á Dios la creación y gobernación de aquestos dos mundos, y diciendo lo que se ve, significa lo que se esconde, como San Agustín (2) lo descubre lleno de ingenio y de espíritu. Dice (Ps. ciii, v. 3, y sig.) que extendió los cielos Dios, como quien desplega tienda de campo, y que cubrió los sobrados de ellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas como en caballos discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos, y los relámpagos y el torbellino.

Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo: oímos también el trueno á su tiempo, y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hierre los ojos. Allí, esto es, en el nuevo mundo é Iglesia por la misma manera, los cielos son los apóstoles, y los sagrados doctores, y los demás santos altos en virtud, y que influyen virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros, se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido con que el sentido de la carne se aturde. Aquí, como dice prosiguiendo el Salmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece, y nunca se mueve: y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas

(1) Habla del Salmo ciii, el cual explica luego con no menos espíritu que belleza; y después lo traduce en verso haciendo una elegante paráfrasi.

(2) Enarrat. in Psalm. ciii, prol. Serm. 1, n. 1. Oper. tomo iv, col. 847.

huyeron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles, y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubría y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían cuasi sumida: mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró de ella la amargura y violencia de aquellas olas, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda; con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes humildes. Y como dice David, subieron sus montes, y parecieron en lo hondo sus valles.

Allí como aquí, conforme á lo que el mismo Salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad, y lo medio derechamente: en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen de ellas, y junto á ellas, cantan dulcemente asentadas. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles, que tienen más de tierra, y ménos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo menos beben de ellas, y quebrantan su sed. Él mismo, como en el mundo así en la Iglesia, envía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. Con ellas crece para los más rudos, así como para las bestias su heno, y á los que viven con más razón, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no sólo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, más para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas; así acontece en la Iglesia.

En ella luce la luna, y luce el sol de justicia, y nace y se pone á veces, agora en los unos, y agora en los otros, y tiene también sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramir, y para ejecutar su fiereza; mas también á las noches sucede en ella después el aurora, y amanece después, y encuévase con la luz la malicia, y la razón y la virtud resplandece. Cuán grandes son tus grandezas, Señor! y como nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual é invisible. No falta allí también otro océano, ni es de más cortos brazos, ni de más angostos senos que es este, que ciñe por todas partes la tierra: cuyas aguas, aunque son fieles, son no obstante eso aguas amargas, y carnales, y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos: cria peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él. En él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito; mas dichosos aquéllos que llegan salvos al puerto.

Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza: mas como en el mundo, así en la Iglesia, escondes, y como encoges cuando te parece la mano, y el alma en faltándole tu amor y tu espíritu, vuélvese en tierra. Mas si nos dejas caer para que nos conozcamos; para que te alabemos y celebremos, después nos renuevas. Así vas criando, y gobernando, y perfeccionando tu Iglesia hasta llegarla á lo último, cuando consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente, y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (ah amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya sino eternidad sin mudanza!) así que cuando viniere, la arrogante soberbia de los montes estremeciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, y obrándolo tu majestad, toda la pujanza, y deleite y sabiduría mortal: y sepultarás en los abismos juntamente con esto á la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanzas, y á Ti el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en Ti, y Tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán reyes, y Tú rey de reyes. Serás

Tú en ellos todas las cosas, y reinarás para siempre. Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino dijo luégo: Este Salmo en que, Marcelo, habeis acabado, vuestro amigo le puso también en verso, y por no romperos el hilo, no os lo quise acordar. Mas pues me distes este oficio, y vos le olvidastes, decirle he yo, si os parece.—Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron, que les parecía muy bien, y que luégo le dijese.—Y Sabino, que era mancebo así en el alma como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciación agradable, alzando un poco los ojos al cielo, y lleno el rostro de espíritu, con templada voz, dijo de esta manera:

Alaba, oh alma, á Dios: Señor, tu alteza.
 qué lengua hay que la cuente?
 Vestido estás de gloria y de belleza
 y luz resplandeciente.
 Encima de los cielos desplegados
 al agua diste asiento.
 Las nubes son tu carro, tus alados
 caballos son el viento.
 Son fuego abrasador tus mensajeros,
 y trueno y torbellino.
 Las tierras sobre asientos duraderos
 mantienes de continuo.
 Los mares las cubrían de primero
 por cima los collados:
 Mas visto de tu voz el trueno fiero,
 huyeron espantados:
 Y luégo los subidos montes crecen,
 humíllanse los valles;
 Si ya hinchados entre sí se embravecen,
 no pasarán las calles,
 Las calles que les diste, y los linderos,
 ni anegarán las tierras.
 Descubres minas de agua en los oteros,
 y corre entre las sierras.
 El gamo, y las salvajes alimañas
 allí la sed quebrantan.
 Las aves nadadoras allí bañas,
 y por las ramas cantan.
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
 y das altura al llano.
 Así das heno al buey, y mil legumbres
 para el servicio humano.

Ansí se espiga el trigo, y la vid crece
 para nuestra alegría.
 La verde oliva ansí nos resplandece,
 y el pan da valentía.
 De allí se viste el bosque, y la arboleda,
 y el cedro soberano:
 Adonde anida la ave, adonde enreda
 su cámara el milano.
 Los riscos á los corzos dan guarida,
 al conejo la peña.
 Por Ti nos mira el sol, y su lucida
 hermana nos enseña
 Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
 en que salen las fieras:
 El tigre, que ración con hambre dura
 te pide, y voces fieras.
 Despiertas el aurora, y de consuno
 se van á sus moradas.
 Da el hombre á su labor sin miedo alguno
 las horas situadas.
 Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
 de tu sabiduría!
 Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
 y cuántos peces cria?
 Las naves que en él corren, la espantable
 ballena que le azota?
 Sustento esperan todos saludable
 de Tí, que el bien no agota.
 Tomamos si Tú das, tu larga mano
 nos deja satisfechos.
 Si huyes, desfallece el ser liviano,
 quedamos polvo hechos.
 Mas tornará tu soplo, y renovado
 repararás el mundo.
 Será sin fin tu gloria, y Tú alabado
 de todos sin segundo.
 Tú que los montes ardes, si los tocas,
 y al suelo das temblores,
 Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
 dedico á tus loores.
 Mi voz te agradará, y á mí este oficio
 será mi gran contento.
 No se verá en la tierra maleficio,
 ni tirano sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria:
 tú, alma, á Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luégo: No parece justo, después de un semejante fin, añadir más. Y pues Sabino ha rematado tan bién nuestra plática, y habemos ya platicado luengamente, y el sol parece que por oirnos levantado sobre nuestras cabezas nos ofende ya; sirvamos á nuestra necesidad agora reposando un poco, y á la tarde, caida la siesta, de nuestro espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, diremos lo que nos resta.—Sea así dijo Juliano. Y Sabino añadió: Y yo sería de parecer que se acabase aqueste sermón en aquel soto é isleta pequeña que el rio hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro hoy al sol con ojos, que si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea.—Bien habéis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís. Y con esto, puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

INTRODUCCION

Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinación? O cómo les pareciera que se compadecía, ó que era posible que la naturaleza, que guía como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y efi-



DEL MAESTRO

FR. LUIS DE LEON,

EL LIBRO SEGUNDO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCION.

Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, MUY ILUSTRE SEÑOR, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinación? O cómo les pareciera que se compadecía, ó que era posible que la naturaleza, que guía como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y efi-